Espejos rotos

L.G.Ross

Image not found.

Capítulo 1

Espejos rotos.

Yo lo sabía. Lo presentía. Sentía que muy en mi interior había alguien viviendo en silencio. Constantemente merodeando, esperando a emerger en cualquier momento.

Ella era feliz en un principio. Su mundo estaba teñido con colores bonitos y brillantes. Todo parecía ser perfecto, llena de amor y cariño. El sonido de su dulce voz resonaba en todos los rincones de su pequeño y dulce mundo, entonando los maravillosos sentimientos de amor que afloraban en su interior. Constantemente soñaba con un romance hermoso, apasionado e inolvidable. Y ella creí que ya lo tenía. Él lo era todo, su familia, su refugio, su fuerza y su paz. El tiempo que pasaban juntos era memorable, cada segundo que transcurría su pequeño mundo se llenaba de flores, mariposas y burbujas bajo un espléndido cielo azul.

Ella solo tenía ojos para él. Lo amaba de verdad y nunca había creído tener tanto amor qué ofrecer a una sola persona. Y él la amaba. O al menos eso le hizo creer a ella por mucho tiempo.

-Ya no te amo- dijo él.

-¿Qué? ¿Por qué?

-Nunca lo eh hecho en realidad. Eres una buena chica, pero no te amo.

-Si soy tan buena, ¿por qué me abandonas? Quédate, puedes aprender a amarme.

-Nunca podría amar a una chica tan extraña.

-¿Entonces, porqué…? ¿Por qué todo este tiempo?

-¿No te lo dije? Me gustan los animales raros.

-¡Perdóname, por favor! Te prometo que cambiaré lo que tú quieras. Por favor, por favor… quédate.

-Adiós. Esto terminó.

Un día no muy diferente a los demás, él así rompía el corazón que ella le había ofrecido con todo el amor que tenía. Ella nunca había sentido el dolor, pero podría describirlo como el sentimiento más horrible que nunca sintió. No existe palabras más dolorosas que esas. Implorando explicaciones y rogando que él permaneciera junto a él, ella corría tras él

en un intento de detenerlo. Empero él se marchó de aquel cálido mundo que ella había creado para los dos, sin voltear a verla una sola vez, sin decir una palabra o compadecerse. La dejó sola, sufriendo. Él simplemente la había utilizado, sin percatarse de que nunca nadie lo volvería a amar como ella lo había hecho.

Todos los besos, las caricias y todas las palabras tiernas que alguna vez fueron susurradas al oído se convirtieron en oscuros recuerdos. Los brillantes colores pronto se tornaron opacos y su mundo fue cayendo en decadencia poco a poco, alargando el sufrimiento de la pequeña muchacha destrozada. Confundida, atormentada y sola, apreció la manera en que los colores de su mundo perdieron fuerza hasta que todo se tornó de un tono grisáceo. Nunca había estado atemorizada en su vida y aguardó a que él regresara por mucho, mucho tiempo. Ella había sido muy feliz y ahora estaba muy triste, aferrándose a falsas esperanzas, culpándose así misma de no haber sido tal vez lo sufrientemente perfecta para él. Dependía tanto de su amor que, nunca se había detenido a apreciar todo lo que ella podría hacer. No sabía de todo lo que era capaz. Pero yo sí.

La vi arrodillada, cabizbaja, repitiéndose una y otra vez ¨por qué¨ en voz baja. Entre las nubes grises que cubrían el cielo, unos rayos jugueteaban con los relámpagos, acompañando a la penosa y desecha muchacha. Yo la conocía. Éramos amigas, casi hermanas…, solo que ella no podía verme. Ella desconocía mi existencia. En cambio, aun cuando no sabía de mí, yo la apreciaba demasiado como para disfrutar verla hundirse en todo ese pesimismo. Siempre había visto las intenciones de él, siempre había querido que se fuera, pero conocía cuan enamorada había estado ella de él. Y ahora cumplidos mis deseos, el pequeño mundo de mi amiga estaba cayendo en desolación.

Quise ayudarla. Sin embargo, no podía hacer nada más que observar desde lejos pues, ella todavía conservaba un amor sincero por aquel que la abandonó. Y mientras ese sentimiento siguiera en su corazón, ella no podría verme. Deseaba ayudarla antes de que fuera demasiado tarde… para la dos.

-Morirás- afirmé.

La vi levantar la cabeza, enseñando su pálido rostro y sus ojos oscurecidos sin ninguna expresión en concreto. Solo estaba a unos pasos pero ella no me veía, buscaba la procedencia de mi voz por todas partes.

-¿Quién eres?

-Una amiga. No puedes verme porque soy muy diferente a ti.

-¿Qué quieres?

-Te eh vigilado. Quiero ayudarte. Si no cambias a este mundo, muy pronto desaparecerá y, tú y yo con él.

-Bien- respondió regresando la mirada al suelo.

-¿Quieres morir? Es patético perder la vida por alguien tan insignificante ¿no crees? Yo puedo ayudarte.

-Ya no soporto el caos que formé. Me duele el pecho. ¡Solo quiero que este dolor termine!

-Entonces arráncatelo. Tienes dos opciones: destruirlo o soportarlo. Rebelarte o hundirte. Dejarme a cargo o morir.

-No te necesito. Sé lo que sucederá después de arrancarme el corazón.

-¿Cómo puedes saberlo? No me conoces bien en realidad.

-No te conozco, pero siempre supe que había alguien merodeando cerca. Yo te siento, al igual que tú me sientes a mí.

-No te obligaré a nada. Tú decides…- dije antes de marcharme y abandonarla en la soledad una vez más.

Poco después, ella se percató de que él jamás volvería, el mundo alguna vez cálido se distorsionó a tal punto que todo se tornó tan rojo como la sangre y el cielo se volvió un estruendoso remolino. Intenté gritar, advertirle de lo que se aproximaba, más fue tarde. Ella se había perdido a sí misma, cayó en lo profundo de su agonía y todo el amor que alimentaba este pequeño mundo se había reducido a tal punto que las cadenas de la depresión surgieron de la tierra y la amarraron de pies y manos. Su espíritu, sus esperanzas y sus sentimientos se encontraban al borde de la tortuosa muerte y una vez extintas, no renacerían. Simplemente restaba sucumbir ante la muerte pasando los últimos momentos envuelta en las torturas de la depresión.

Los recuerdos más añorados se hicieron presente en pequeños fragmentos de espejos que vagaban por el aire frente a ella, quien atrapada a unos metros del suelo por las frías y dolorosas cadenas, no tenía de otra más que contemplar una y otra vez el momento de su destrucción. En todos los recuerdos se encontraba él y sus mentiras. Él y su vil actuación. Él, un patán descorazonado que la utilizó de herramienta hasta que encontró un nuevo corazón en el que habitar. Él, a quien yo ya relacionaba con el diablo mismo. Él y su tonto rostro perfecto.

La rabia la compartía con ella. Sentí su odio crecer y cómo intentaba aplacarlo. Eso era malo, muy malo. Las cadenas de los recuerdos rotos la destrozarían demasiado rápido de seguir así.

El eco de las risas de aquellos días felices resonaba en la lejanía. La vi agachar la cabeza y una lágrima colapsó en el terreno seco y polvoriento en donde alguna vez había existido un césped suave y verde. Entonces supe que ella ya no tenía fuerzas. Parada frente a ella, la contemplé en silencio sintiendo una leve punzada de compasión. Lo había perdido todo, su familia, su amor, su felicidad. Aquellos que alguna vez se hicieron llamar amigos suyos también la habían abandonado a su suerte. Yo era todo lo que tenía. Ciertamente no podía verme, después de todo su corazón seguía palpitando, pero estando al borde de la muerte, supuse que podría escuchar mi voz una vez más e intentar salvarla. Así que dije:

-No aplaques tu odio, es hora de que te des cuenta de que hay muchas razones para despreciarlos.

-También hay muchas para quererlos- me respondió apenas.

-El mundo colapsa y tú no haces nada. Habrá muchas cosas que ya no volverás a ver jamás. ¿Eso quieres?

-Ya no sé lo que quiero. ¿Puedes decirme cómo funciona el amor?

-El amor no es nada más que una excusa egoísta para que una persona se aproveche de ti. No vale la pena. Hagas lo que hagas te dañara. En el pasado tal vez fue el más hermoso sentimiento, pero ya no es el pasado. El mundo está cambiando, es cruel, sobrevive el más fuerte. Es hora de que nosotras también cambiemos.

-Yo no quiero hacerme daño.

-No te harás daño, yo te protegeré. Por fin lo entiendes, ¿verdad?

-Sí. Este lugar, el mundo, no es para mí. ¿Qué debería hacer?

-Es fácil. Haz tuyo el mundo. Yo tengo lo que se necesita para hacerlo: vanidad, odio, desprecio.

Ella se tomó unos segundos para pensarlo.

-¿Lo olvidaré a él?- preguntó.

-Olvidarás el sufrimiento, por ende también a él. Ya no lo querrás, ni a él, ni a nadie. Es hora de hacerte un lugar a ti misma.

Ella soltó un suspiro largo y finalmente asintió con la cabeza. Estiró el brazo tanto como las cadenas le permitieron y con la mano sobre el pecho, presionó su delicada piel hasta romperla, pues pasó tanto tiempo sumida en el pesar que su cuerpo se tornó duro y frío como el cristal. Del hueco en su pecho extrajo un pequeño bulto rojo y desde lo alto lo dejó caer al árido suelo, levantando un poco de polvo al colisionar. Contemplé lo reducido que se encontraba su corazón lastimado. Ella comenzó a sufrir leves sacudidas, mientras el remolino del cielo se extinguía en un abrir y cerrar de ojos. Enseguida comprendí la conversión que estábamos provocándole al pequeño mundo. Todo estaba cambiando.

En el momento que puse una mano sobre el dañado corazón, todo el ambiente cambió. Oculté el escaso amor que contenía el corazón en una cajita de cristal e inmediatamente las cadenas terminaron rompiéndose en un gran estruendo cuyo eco recorrió cada esquina del mundo. Siempre había soñado con encargarme de este mundo. Siempre intenté imaginarme lo que sucedería cuando la pureza fuera eliminada y solo quedara yo. Siempre deseé todo esto, pero en realidad no aseguraba lo que sucedería una vez que ocurriera. La vi a ella descender lentamente hasta el piso, estirando la mano para alcanzarme. Entre sus lágrimas vi mi reflejo en sus ojos y entonces comprendí que después de tantos años, finalmente ella podía verme. Al momento en que nuestras palmas se enfrentaron y entrelazamos los dedos, sentí un ligero hormigueo en todo el cuerpo, a la par que ella se desvanecía frente a mí en un deslumbrante destello.

Respiré agitadamente mientras experimentaba por primera vez el frío y el calor, los distintos sentimientos y en especial, sentí el control que tenía sobre todo. Y cuando di el primer paso, una mancha negra surgió y se extendió por el resto del pequeño mundo. La penumbra, lo sombrío, la neblina y el miedo empezaron a cubrir los rincones. El cielo se tornó blanco y los trozos de recuerdos en los espejos se volvieron cenizas.

-Puedo ver la soledad, es inmensa- me dijo ella. Yo ya no podía verla. Al tomar su forma física, ella se había vuelto un pensamiento ambulante como yo lo era antes.

-Será nuestra mejor amiga- respondí.

-Me siento extraña.

-También yo. Pero fue la mejor forma de evitar que te perdieras por completo. Ahora cumpliré mi promesa, te protegeré. Nos vengaremos de todo aquel que quiera dañarnos y de quien nos incrustó el peor dolor.

-No quiero que le hagas nada, no a él.

-Pero fue él quien inició todo.

-No, fui yo. Lo quería solo para mí. Yo fui demasiado inconsciente para entregarlo todo a alguien que no daba lo más mínimo por mí.

-Aun así…

-Prométemelo. Prométeme que no se lo harás pagar.

Todavía cuando yo deseaba venganza, asentí y prometí cumplir su petición. Yo no lo dañaría a él.

Y al momento de abrir los ojos, contemplé el horizonte, más allá del sombrío pequeño mundo. Yo observé la realidad por primera vez. Finalmente comprendí lo que era vivir en el engañoso mundo del exterior. Me tomó mucho tiempo rehacer nuestra vida entera, pero a medida avanzaba nuestro pequeño mundo volvía a fortalecerse, convirtiéndose en el más tenebroso paisaje que jamás hayamos pisado. Nos alejamos de aquellas personas tóxicas que decían ser amigos. Ya no tuvimos miedo de decir ¨no¨. Fuimos tan crueles como las personas lo fueron con nosotras. El poder que tenía era impresionante y me sentía orgullosa de mí misma por ello. Nadie más nos haría daño jamás.

A ella, mi amiga, la podía sentir apenas. Seguía muy débil. Pero al menos no sufría. Era feliz paseando entre los árboles secos, jugando en la neblina y contemplando el cielo oscuro. El tiempo la hizo olvidarlo y por ende, ya no sufría. No obstante, ella no sonreía más.

Un buen día veraniego en la realidad, experimenté la rabia por la incomodidad que sentí ante tanto calor, cuando lo vi. Lo vi a él. Aquel chico que había lastimado a mi amiga, a mi hermana. Pasó mucho tiempo de haberlo visto marchar, pasó tanto tiempo que ya lo había olvidado. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sentí una punzada en el pecho. En medio del sombrío bosque del pequeño mundo, en el lugar en donde había enterrado la cajita de cristal con el corazón de ella dentro, una rosa había florecido entre un puñado de césped verde y puro. La flor y la hierba soltaban un brillo leve y su color rojo y verde no encajaba con el resto del paisaje sombrío. ¿Podría ser que lo poco que le quedaba de amor aun siguiera vivo?

Y entonces experimenté el miedo. No podía estar cerca de él sin desear lastimarlo. No podía estar cerca de él sin que el diminuto pedazo de ella siguiera queriéndolo. Pensé en huir, en alejarme, pero él fue mucho más rápido al momento de apresarme.

-Realmente lo siento, lamento que salieras lastimada. Me tomó tiempo

darme cuenta de que realmente te quiero- pronunció él.

-¿Te han dejado? ¿Estás solo y crees que seré un reemplazo?

-Eres diferente.

-Ella no iba a esperarte por siempre.

-¿Quién eres tú?

-Soy parte de ella, su rencor, su odio. Soy la malicia, quien protege la pequeña parte de los sentimientos puros que no destruiste.

-Nunca quise dañarla. Yo… realmente la quiero.

-Lo siento, realmente no entiendo de lo que estás hablando.

-Yo, ¡cambiaré! ¡Seré mejor! Solo déjame volver- suplicó.

-Es gracioso, ¿ella no te dijo lo mismo? Y tú igual la dejaste. Pero eso ya no importa, no hay nada que se deba perdonar.

Me alejé de él. Aún con la punzada de dolor que me provocaba aquel diminuto sentimiento, yo había prometido protegernos y eso era lo que hacía. Corrí mucho, corrí hasta que mis piernas ya no tuvieron fuerzas para continuar y llegué hasta los extremos del pequeño mundo, lugares que no había pisado antes. De pronto sentía miedo. Estaba aterrada. No sabía lo que sucedía conmigo pero… algo era diferente. Él quería volver. Él quería regresar a dañarnos. Esto era malo, descorazonado y doloroso. Si él volvía, todo lo que hice para salvar este mundo se vendría abajo. Y ella, oh… ella volvería a sufrir nuevamente. No podía permitirlo. Yo se lo había prometido.

Una noche la encontré a ella sentada a mitad del bosque. Mirando a la rosa, sus ojos brillaban a medida recordaba aquellos hermosos colores que alguna vez decoraban el paisaje del pequeño mundo. Sus labios estaban curvados en una sonrisa y tarareaba una alegre canción. Ella, el amor, estaba feliz nuevamente. Me sobresalté cuando alzó la vista y clavó sus ojos en mí. Podía verme y yo a ella. Estuve confundida por unos segundos, pero enseguida supe que ella conocía lo que ocurría. Sentándome junto a ella, me tomé un tiempo contemplando la extraña y esplendorosa rosa. En realidad no me parecía del todo desagradable y eso me resultó aún más extraño.

-Esa rosa. ¿Después de tanto tiempo, tanto daño, tú…?

-El amor es extraño ¿no?- me respondió- acaba de florecer. ¿Lo has visto

a él?

-Sí. No le he lastimado como lo prometí, si es lo que quieres saber.

-Sé que no lo has hecho. No puedes.

Esa simple palabra, ¨no puedes¨, me llenaron de coraje. Me puse de pie casi en un salto y caminé hasta uno de los árboles muertos. Contemplé la corteza seca y oscura, sin vida. Yo era igual a ese árbol. Era oscura, una planta mala, sin vida y sin encanto. Pero eso no me molestaba. La crueldad me hacía fuerte, el orgullo me protegía de quienes quisieran dañarme, la venganza era mi felicidad.

-Apelo a tu petición, hermana mía, solo por eso no pude dañar su corazón tanto como él lo hizo con el nuestro.

-Esto va más allá de una promesa, y tú lo sabes. Muchas cosas han estado cambiando.

-¿Qué ha cambiado?

-Mira las estrellas, volvieron al firmamento y brillan más que antes.

Levanté la cabeza y lo confirmé. El cielo nocturno estaba decorado con centellantes estrellas.

-Querida odio, hermana mía, creo que sufres de amor por el mismo hombre.

-¿Crees que estoy enamorada?- dije entre risas- no, eso es imposible. Soy el odio, el mal, el rencor. Yo no puedo amar.

-¿Quién lo dice? Somos diferentes, pero a la vez parte de una misma, querida hermana. Yo puedo aprender a odiar, ¿por qué tú no aprenderías a amar?

Negándome a escuchar tantas ridiculeces, le di la espalda y me marché. Descubrí que muchas cosas en el pequeño mundo comenzaban a transformarse, a cambiar. Los árboles tenían pequeños brotes en las delgadas ramas, el roció cubría de nuevo el césped y la brisa fresca había regresado. La rabia me invadió inmediatamente. Nada debía cambiar. Yo estaba a cargo. Mi pequeño reino sombrío se llenaba de vida. Ella no podía tener razón.

Impaciente, recurrí a la realidad y lo busqué a él con desesperación. Dispuesta a demostrar mi desalmado corazón, pretendía faltar a mi palabra y dañarlo. No pensaba en otra cosa más que destruirlo de la misma manera que él lo hizo con nosotras. Ojo por ojo. Lo encontré

sumido en pensamientos, caminando bajo la lluvia. Cuando me miró a los ojos, comprendí que había algo diferente en él, ¿realmente cambió? Acercándome a él, repasé mentalmente el plan que llevaría a cabo. Charlaría con él, sería linda e incluso lo dejaría tomarme de la mano. Le entregaría toda la confianza y dejaría que se enamorara lo suficiente para luego dejarlo. Era un buen plan. Eso lo destruiría.

Sin embargo, no tuve en cuenta la posibilidad de que, en el tiempo que desarrollaba mi plan, yo terminaría encariñándome. A la hora de culminar mi venganza, desperdicié la oportunidad de dañarlo. Fui una cobarde. Cambié. Me volví dócil, suave, igual que mi hermana. Había aprendido a amarlo. Y cuando el odio y el amor, aman a una misma persona, es real. Y con ese tipo de sentimiento, uno debe ir con cuidado pues… puede hacerte muy feliz, como también puede llegar a condenarte por siempre a la tristeza.

Recostada en el césped del pequeño mundo, fijé la vista en el firmamento de estrellas en el cielo. El amor, mi hermana, estaba tendida junto a mí, tomándome de la mano. Ella sonreía y yo, soltaba lágrimas. La rosa a nuestros pies, seguía viva, pero el corazón que alguna vez había enterrado bajo ella, ya no seguía allí. Sino que, el corazón fue divido en dos y ambas lo teníamos en el pecho.

-¿Cómo es posible amar y odiar a una persona al mismo tiempo?- susurre.

-No lo sé. Creo que… finalmente descubrimos qué es el amor.

-Es malo y bueno.

-Es bello y feo.

Nunca volvimos a verlo a él. Los amábamos demasiado y esa sería nuestra destrucción. Con esto no quiero decir que lo olvidamos. Siempre lo amaremos a él, pero solo el tiempo dictará lo que sucederá después.

Recuerdo que ella, mi hermana, me había preguntado sobre qué era amor, y a diferencia de aquella vez, en esta ocasión sí me paré a pensar. Sigo sin creer en él. Pero en esos segundos en los que me puse a pensar, casi me vuelvo loca. Tantos recuerdos, memorias que mi hermana había resguardado comenzaron a surgir de nuevo, uniendo los fragmentos rotos en un gran espejo en el cielo, con las estrellas. Recordé cuan corta es la vida del amor. Recordé cuan susceptible es el amor a la muerte. Demasiado frágil. Es difícil de explicar, pero cuando te enamoras, todo va bien hasta que el tiempo pasa y pasan cosas, y pierdes a la persona que amabas. Puedes intentar ganártela, pero es una lucha demasiado exhausta y complicada. Renuncias a todo, arriesgándote a no obtener nada. Y luego miras a esa persona, la tienes allí entre los brazos e

intentas conectar de nuevo aquellos sentimientos, empero lo único en lo que realmente piensas es esas cosas que pasaron mientras no estuvo contigo. Piensas en que estabas triste pero no tanto para llorar, y calculas si no estarías mejor dejándola ir. Convirtiendo el esfuerzo de ganártela, en basura.

Los cambios siempre se dan y seguirán dándose, por todas partes y en todos. Nada es igual. Y justo en ese momento, cuando tus ojos se iluminan con esa verdad, dejas de creer en el amor. Yo lo sabía. Lo sentía. Muy en interior hay alguien viviendo en silencio. Constantemente merodeando, esperando a emerger en cualquier momento. Amor y odio, siempre discutiendo por cambiar las cosas. Aferrándose a amar por siempre o evitar sufrir.